



Siembra Desarrollo: una apuesta hacia una pequeña agricultura y alimentación resilientes al COVID-19

El crecimiento demográfico y el proceso de urbanización han puesto fuertes presiones sobre el sistema agroalimentario.



La agricultura y la ganadería han sido los fundamentos históricos de las civilizaciones. Avances en las segundas han dependido en menor o mayor medida de avances en las primeras que permitieran proveer soporte alimenticio a una población mayor y cada vez más urbana y especializada. Hoy en día, los patrones de crecimiento poblacional y de urbanización han puesto presiones sobre el sistema agroalimentario abriendo de nuevo el debate de cómo vamos a alimentar al mundo.

En concreto, para América Latina y el Caribe las presiones han sido fuertes. La población se ha duplicado en los últimos 45 años, pasando de 323.000.000 habitantes en 1975 hasta los estimados 654.000.000 en 2020, con un crecimiento que se prevé que continúe durante las próximas tres décadas (UN, 2019a). Este crecimiento de la población ha venido además acompañado de un proceso de rápida y fuerte

urbanización en la segunda mitad del siglo XX que ha llevado a cada vez mayores proporciones de la población a vivir en ciudades de diversos tamaños, las cuales se espera sigan creciendo, aunque a menor ritmo, tanto en número como en tamaño en las próximas décadas (UN, 2019b).

Estos procesos han generado importantes transformaciones en el sistema agroalimentario, fomentando típicamente la especialización, la tecnificación y la globalización. Si alguna vez la producción y el consumo de alimentos estaban mayoritariamente circunscritos al hogar y sus proximidades, hoy en día el sistema agroalimentario es altamente complejo, comercial e involucra a incontables actores, elementos y actividades que se articulan en cadenas de suministro que pueden llegar a recorrer miles de kilómetros en un mundo altamente globalizado.



La nutrición, el empleo, la inclusión y la degradación medioambiental dependen de la forma en la que se configura el sistema agroalimentario.

La organización particular que toma el sistema agroalimentario está lejos de ser trivial. Qué actores, elementos y actividades están involucrados en la producción, elaboración, distribución y consumo de alimentos, y la manera específica en la que estos se articulan y relacionan entre sí y con el entorno, se traduce en resultados socioeconómicos y ambientales específicos (Ericksen, 2007). Así, diferentes configuraciones generan distintos niveles de empleo, inclusión, malnutrición o degradación ambiental, entre otros.

En este contexto, cabe preguntarse cuán lejos estamos de alcanzar y cómo podemos avanzar hacia el ideal de un sistema agroalimentario sostenible que logre garantizar seguridad alimentaria y nutrición adecuada para todas las personas de una manera medioambientalmente sostenible y socialmente inclusiva, justa y equitativa desde la producción al consumo. Más ambiciosamente, los sistemas agroalimentarios sostenibles representan asimismo una apuesta por una posibilidad de desarrollo sostenible en la que el sistema agroalimentario es el punto de partida para superar problemas de exclusión socioeconómica como la pobreza rural, la desnutrición y la marginalización de diversos grupos, reducir la desigualdad territorial dinamizando las economías rurales y generando empleo, y restaurar los desequilibrios medioambientales y la biodiversidad.

El sistema agroalimentario hoy

En las últimas décadas, la región de América Latina y el Caribe registró grandes avances en la reducción de la inseguridad alimentaria, vinculados a épocas de significativo crecimiento económico. No obstante, desde 2014 se han mostrado alzas en la prevalencia de la subalimentación, apuntando a la fragilidad de estos avances y materializando la temida posibilidad de retroceder en la senda de erradicación del hambre. Hoy en día la inseguridad alimentaria afecta, según estimaciones de FAO (2019), a 187.000.000 de personas en la región, de los cuales 42.500.000 viven con hambre. Además, el sobrepeso viene creciendo en la región de una manera constante, habiendo alcanzado el 60% de la población en 2016 (FAO, OPS, WFP, UNICEF, 2019).

Así, pese a los avances registrados, queda aún un largo camino que recorrer para garantizar el acceso a alimentos saludables y nutritivos a todos los habitantes de la región, lo que requiere hacer que los sistemas agroalimentarios y, particularmente, los entornos alimentarios sean funcionales para y estén orientados hacia la nutrición y la salud.

Más allá de garantizar la seguridad alimentaria, un sistema agroalimentario sostenible genera relaciones entre los actores involucrados que son inclusivas y equitativas en términos de ingresos y distribución, reconociendo la contribución de cada uno de los actores. Sin embargo, las cadenas de suministro al interior del sistema agroalimentario están en la actualidad sujetas a relaciones desequilibradas y de desigualdad, dejando a muchos de sus actores sumidos en la pobreza.

Las transformaciones producidas en los últimos años han llevado hacia la coexistencia de dos tipos de sistemas: uno moderno y otro tradicional (Ericksen, 2007; Reardon et al., 2019). Así, en el sistema agroalimentario actual conviven actores tales como grandes productores tecnificados, centros de acopio especializados y cadenas de supermercado internacionales, junto con otros actores como pequeños



Foto: Pablo Corral Vega

El ingreso promedio de los ocupados en el sector silvoagropecuario ronda el

50%

del ingreso promedio del resto de ocupados.

productores de la agricultura familiar, micro y pequeñas empresas de transporte y tiendas locales. La aparición del sistema moderno, aún en expansión, ha traído ciertamente sustanciales mejoras. No obstante, tampoco está libre de consecuencias, habiendo introducido nuevos desequilibrios de poder e impuesto unas reglas del juego que muchos actores tradicionales encuentran difíciles o imposibles de adoptar.

En este sentido, la afectación de la pobreza en áreas rurales, y sobre todo su concentración en los pequeños productores, es una de las dimensiones clave a abordar desde la configuración de los sistemas agroalimentarios para avanzar hacia su sostenibilidad. La agricultura familiar juega un papel central en la producción de alimentos y la seguridad alimentaria, proveyendo entre un 27% y un 67% del total de la producción alimentaria a nivel país (Leporati et al., 2014). No obstante, se trata de un grupo que en su conjunto presenta alta vulnerabilidad. Con menor acceso a servicios públicos, a activos productivos y a información, los pequeños productores enfrentan grandes desventajas para integrarse en el mercado de una manera justa, quedando en una esfera de informalidad laboral, desprotección y nulo poder de negociación con otros actores de las cadenas de suministro. Aunque la tendencia ha sido a reducir ligeramente la brecha, los ingresos promedios de aquellos ocupados en el sector silvoagropecuario rondan el 50% del promedio del resto de sectores (Rimisp, 2020) y la pobreza rural se sigue asociando fuertemente con la exclusión y con las nefastas condiciones laborales que enfrentan millones de pequeños productores en la región (CEPAL, FAO, IICA, 2019).



Las mayores tasas de pobreza rural se asocian con la exclusión y las limitadas oportunidades productivas de millones de pequeños productores.

Particularmente compleja es, además, la situación para las mujeres rurales y campesinas. Ellas tienen escaso acceso a la titularidad, propiedad de la tierra y otros activos productivos, como el financiamiento para invertir en su actividad productiva, la tecnología, la capacitación y asesoría técnica. Por otro lado, los beneficios económicos de su ingreso al mercado laboral no necesariamente se han traducido en una mejoría de sus condiciones de vida, pues frecuentemente su trabajo es invisibilizado, precario, temporal o con menores salarios a los de los hombres. A ello se suma la carga de trabajo en el hogar, y el hecho de que para muchas políticas públicas son consideradas como beneficiarias de programas asistenciales y apoyos sociales, y no como productoras.

Finalmente, el aumento de la producción y exportación de alimentos en la región, incluyendo su aporte a la seguridad alimentaria y también a la generación de riqueza, no se ha producido exento de costos. Desde la óptica de la sostenibilidad medioambiental, el sistema agroalimentario está en el centro del debate. No solo por el impacto del cambio climático en el potencial de producción y sus consecuencias en la alimentación, los ingresos y el empleo, sino también por la contribución del sector a la misma degradación medioambiental. A nivel global, las estimaciones del IPCC (2014) atribuyen un cuarto de las emisiones de gases de efecto invernadero al sector de la agricultura, forestería y uso del suelo. El impacto también es sustancial sobre la biodiversidad y la explotación de los recursos naturales: la transformación del suelo hacia la agricultura comercial supuso en el período 2000-2010 casi un 70% de la pérdida de bosques en América Latina (Hosonuma et al., 2012), donde el 67% de las extracciones de agua está destinado a la agricultura (FAO, 2011).

Si bien aún estamos lejos de alcanzar el ideal de sistemas agroalimentarios sostenibles, es necesario también relevar los esfuerzos realizados y la valiosa aparición de movimientos sociales y modelos alternativos. Aunque incipientes, enfoques como la agricultura de alta precisión, las cadenas cortas de valor con rescate de lo local, la agroecología o la agroforestería van ganando espacio en el debate sobre el futuro del sistema agroalimentario y contribuyen a repensar la manera en la que el sistema agroalimentario se puede configurar.

Irrupción de la pandemia del COVID-19

La irrupción de la pandemia ha supuesto un profundo shock que ha vapuleado la actividad económica y social de los países. Sin aún haber superado la crisis sanitaria, las miradas están ya puestas en la recuperación de los impactos, los cuales prometen ser duraderos. En el caso del sistema agroalimentario, la acentuación de las desigualdades aparejada con la pandemia supone una amenaza de fuerte retroceso y alejamiento del ideal de sistemas agroalimentarios sostenibles por varias vías.

Uno de los cuatro pilares básicos de la seguridad alimentaria comprende el acceso de las personas, tanto físico como económico, a suficientes alimentos inocuos y nutritivos para satisfacer las necesidades alimenticias y las preferencias de alimentación, a fin de llevar una vida activa y sana. Hasta el momento, se han producido algunas interrupciones en el acceso físico y se ha erosionado fuertemente el acceso económico como consecuencia de la pandemia, haciendo mella en la seguridad alimentaria de multitud de hogares.

El acceso físico se ha visto afectado, en primer lugar, por el abrupto cese de actividades de restaurantes y otros puntos de consumo de alimentos preparados, como colegios. Adicionalmente, algunos puntos de venta al público, sobre todo aquellos propensos a las aglomeraciones, como son los mercados locales, también han registrado alteraciones parciales o totales en su funcionamiento (Boza y Torres, 2020). No obstante, el sistema agroalimentario se ha mostrado en términos generales más resiliente que el resto de sectores tanto en producción como en comercialización (FAO y CEPAL, 2020), garantizando por el momento la disponibilidad de alimentos (Escobar, Penagos, Albacete y García, 2020).

El principal impacto se ha producido, así, por el lado del acceso económico. Con una caída proyectada del PIB latinoamericano en 2020 de -9,4% (IMF, 2020) y un aumento de la tasa de desempleo en 5,4 puntos porcentuales, se estima que el número de personas en situación de pobreza aumente en 45.400.000 personas en a lo largo de 2020 (CEPAL, 2020). A la pérdida generalizada de ingresos y el aumento de la pobreza se suma, además, un aumento de precios en los productos ali-

Figura 1. Esquemmatización del sistema agroalimentario

Crecimiento demográfico y urbanización

Políticas y programas públicos

Pandemia del COVID-19

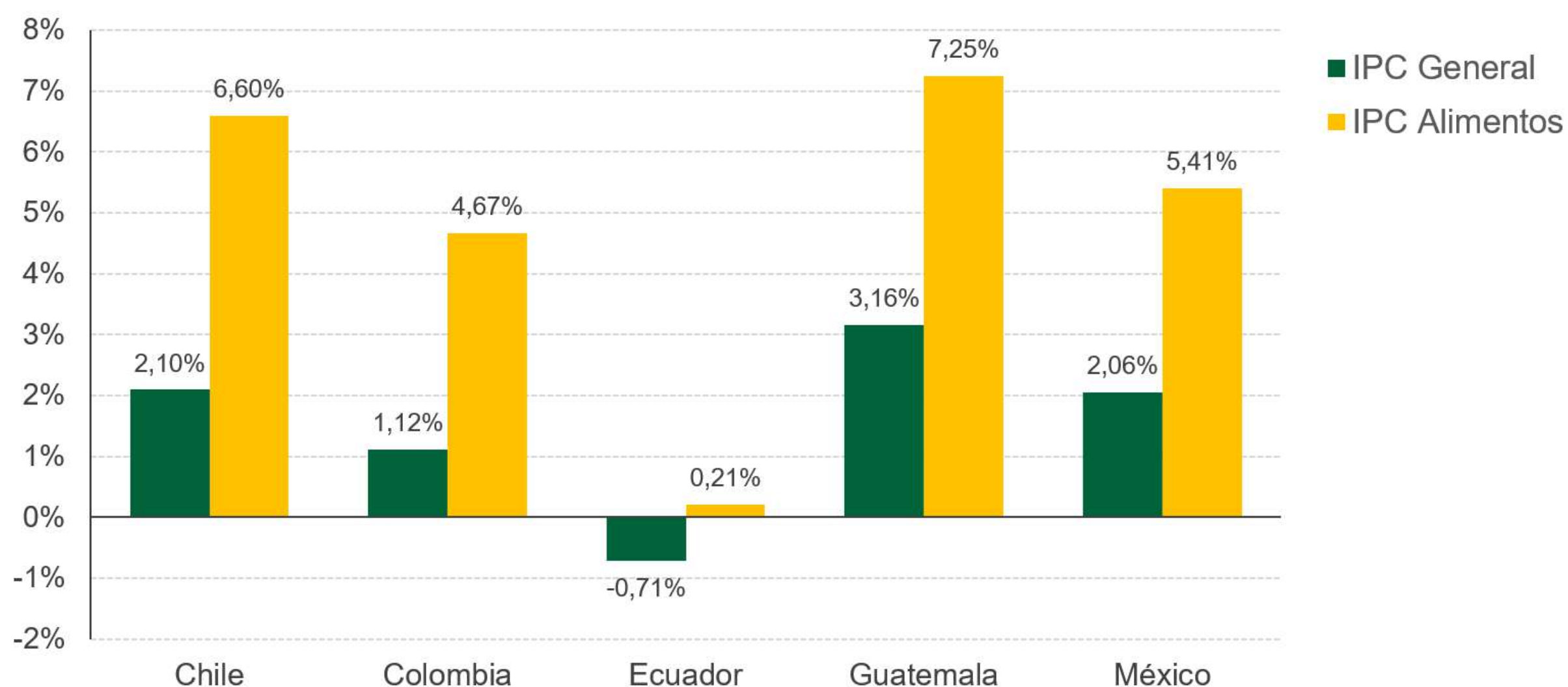


Seguridad alimentaria y nutrición

Empleo e inclusión

Impacto medioambiental

Figura 2. Inflación acumulada en 2020, según componentes



Fuente: Elaboración propia en base a datos oficiales de las respectivas agencias nacionales de estadística.

Nota: IPC Alimentos considera alimentos y bebidas no alcohólicas, a excepción de México, donde considera alimentos, bebidas alcohólicas y tabaco.

mentarios. La inflación en la categoría de alimentos y bebidas no alcohólicas en lo que transcurre de 2020 ha sido superior a la de años anteriores y, dentro de la canasta básica, los alimentos también han visto sus precios aumentar a un ritmo mayor que el conjunto de productos (FAO, CEPAL, 2020).

A excepción de Ecuador, donde la inflación ha sido muy limitada, en Chile, Colombia, Guatemala y México, el IPC de los alimentos acumulado en 2020 ha rondado entre el 4,7% y el 7,3% (figura 1). Ante este escenario, la amenaza de un aumento de la subalimentación y la malnutrición que ya afectaban a millones de personas en la región es palpable.

Las crisis –y la del COVID-19 no es una excepción– suelen afectar de sobremanera a aquellos grupos más vulnerables y menos resilientes. Estos acostumbran a ser los primeros en sufrir las consecuencias y los últimos en recuperarse, dejando como resultado una profundización de la desigualdad. En estas mismas líneas, el menor acceso a recursos y activos, y la mayor informalidad y precariedad laboral, sitúa a las mujeres en una situación especialmente vulnerable para afrontar la crisis del coronavirus, que además ha traído consigo un aumento de la carga de trabajo y violencia de género (García et al., 2020). En términos de seguridad alimentaria, esta vulnerabilidad junto con el fenómeno de feminización de la pobreza se traduce en un menor acceso de las mujeres a alimentos nutritivos y de calidad, una desigualdad ya marcada antes de la irrupción del COVID-19 (FAO, OPS, WFP y UNICEF, 2018) y que la pandemia amenaza con acentuar.

Al considerarse como actividades esenciales, la producción y distribución de alimentos se han visto relativamente menos expuestas a las medidas de contención de los contagios que han generado el cese de muchas otras actividades económicas durante períodos de variable duración. No obstante, estimaciones de FAO y CEPAL (2020) muestran que la caída del PIB y el empleo sectorial, aunque menores, están lejos de poder ser infravaloradas. En este contexto, la pandemia del COVID-19 plantea un nuevo escenario para sus actores, caracterizado en gran medida por un alto nivel de incertidumbre que acentúa los riesgos y precisa de gran flexibilidad y adaptación para sortear nuevos desafíos,

La inflación acumulada en 2020 en los productos alimentarios en Guatemala ha alcanzado el

7,25%

seguir afrontando viejos obstáculos que toman nueva relevancia y poder aprovechar las nuevas oportunidades.

Existen varios factores por los cuales la agricultura familiar puede ser uno de los actores del sistema agroalimentario más afectado, y que podrían desencadenar un sistema agroalimentario menos inclusivo, más desigual y que contribuya menos al desarrollo de los territorios rurales.

La agricultura familiar es heterogénea y no siempre está asociada a la pobreza. Si bien existen unidades de producción familiar muy comerciales, consolidadas y conectadas con cadenas de valor modernas, gran parte de los productores de la agricultura familiar sí presentan notables vulnerabilidades (Berdegué y Fuentealba, 2011). Como unidad productiva, los productores familiares tienen típicamente pocos activos productivos y un insuficiente acceso a financiamiento (Leporati et al., 2014), lo que supone una limitación en términos de recursos disponibles para la adaptación al nuevo contexto.

Además, en la agricultura familiar la unidad productiva no puede aislarse de las dinámicas del hogar, lo que abre otros frentes de afectación. En primer lugar, una inmensa proporción de los hogares productores se encuentran diversificados, derivando solo una parte de los ingresos de la actividad agropecuaria (FIDA y RIMISP, 2014; Leporati et al., 2014). Así, la pérdida de empleo y la reducción de la

actividad económica en otros sectores pueden afectar indirectamente la producción y las decisiones de inversión de la unidad productiva del hogar. En segundo lugar, los hogares productores no siempre se sitúan en los mejores entornos, en comparación con empresas que sí pueden decidir su ubicación de manera más estratégica. Como resultado, muchos de ellos se encuentran en entornos rurales con menor acceso a infraestructura y a servicios básicos, como salud y educación. Lo primero no solo limita la conexión vial y dificulta la comercialización, sino que también impone una brecha digital que restringe el acceso a la información y a las nuevas tecnologías. Lo segundo, además, se traduce en una disminución del capital humano de los trabajadores familiares, incluyendo su conocimiento y dominio de las nuevas tecnologías.

Todo esto sitúa a la agricultura familiar en una posición de menor resiliencia y desventaja en términos de la posibilidad de acometer inversiones que mitiguen el impacto o aprovechen las nuevas oportunidades que se abren. Al menos individualmente. Barrionuevo et al. (2020) registran que instancias de cadenas corta de comercialización de la agricultura familiar se han mostrado dinámicas, adaptativas y resilientes al COVID-19, ofreciendo posibilidades de comercialización en contextos complejos y cambiantes. Hallazgos como este refuerzan la importancia de diversas formas de acción colectiva e innovación institucional para la generación de oportunidades para la agricultura familiar en el acceso a mercados y activos productivos (FAO, 2012), especialmente en la actual situación de crisis.

Siembra Desarrollo. Pequeña agricultura y alimentación resilientes al COVID-19

Los desafíos no son pocos ni menores. Tampoco lo son las oportunidades.

Desde que comenzó la pandemia, los países de la región han dirigido su atención y sus medidas, en primer lugar, a la contención del virus y el control de la crisis sanitaria y, en segundo lugar, al establecimiento de una serie de medidas para mitigar el impacto socioeconómico. Estas últimas han buscado proteger en el corto plazo el ingreso de los hogares, el empleo y la supervivencia de las pequeñas y medianas empresas (Fernández, Hiernaux y Morris, 2020). En algunos casos, los desembolsos por parte de los estados han sido ingentes y han constituido verdaderos intentos de contener la crisis social a la que amenazaba convertirse la crisis sanitaria. Sin por ello abandonar la necesidad e importancia de las medidas de mitigación, se hace imperante desarrollar estrategias a futuro que contribuyan no solo a superar la crisis, sino también a aprovechar nuevas oportunidades y a avanzar hacia sistemas agroalimentarios más sostenibles, inclusivos y resilientes. Instancias anteriores, como el caso de la gripe aviar en el Sudeste asiático, muestran que, de lo contrario, los efectos en la concentración de actores pueden ser rápidos (Reardon et al, 2020), profundizando la exclusión de los actores más pequeños.

El proyecto **Siembra Desarrollo. Pequeña agricultura y alimentación resilientes al COVID-19**, financiado por el International Development Research Center de Canadá, surge entonces con la ambición de contribuir a avanzar hacia sistemas agroalimentarios sostenibles en la región mediante la generación de evidencia empírica que informe sobre el impacto del COVID-19 en el sistema agroalimentario y que arroje luz sobre cómo avanzar y reconstruir. En esta apuesta partimos de tres convicciones.

La primera resulta del largo trabajo realizado por Rimisp sobre el rol y la importancia del territorio para comprender las realidades de quienes



los habitan. Comenzábamos este número aludiendo al impacto revolucionario del proceso de crecimiento demográfico y urbanización para el sistema agroalimentario, en su magnitud y forma. Y es que la creciente urbanización de los territorios latinoamericanos ha conducido al surgimiento de un conjunto de territorios que se reconocen como urbano-rurales y se caracterizan por un creciente flujo de personas, alimentos y bienes entre zonas urbanas y rurales, conformando un único territorio funcional. Estas dinámicas de vinculación representan un potencial de desarrollo y reducción de desigualdades territoriales, ofreciendo servicios y mercados más dinámicos e inclusivos para productores, mujeres y jóvenes. En este sentido, Penagos et al. (2018) muestran que, junto con una mayor diversificación y dotación de infraestructura de producción y comercialización, aquellos territorios urbano-rurales con vínculos con ciudades intermedias tienen mayor probabilidad de presentar un mejor desempeño agrícola. Reconocemos, así, la potencial contribución de estos flujos de intercambio en la consolidación de sistemas agroalimentarios más equilibrados y que integren a los pequeños y medianos productores.

En ese sentido, Siembra Desarrollo construye sobre el conocimiento y las prácticas del enfoque territorial, lo que permite dar respuesta a la crisis del COVID-19 poniendo en la mira, en lugar de obviar, las heterogeneidades territoriales. Y reconocemos asimismo la potencial contribución de estos flujos de intercambio en la consolidación de sistemas agroalimentarios más equilibrados y que integren a los pequeños y medianos productores.

En segundo lugar, entendemos la agricultura familiar como un sector clave para la promoción de sistemas agroalimentarios sostenibles por su aporte a la dinamización de economías locales, a la seguridad alimentaria y a la nutrición, y a la reducción del impacto medioambiental (HLPE, 2013). Por un lado, los productores de la agricultura familiar acumulan un valioso acervo de conocimiento agroecológico tradicional que permite la producción de alimentos de calidad, nutritivos y accesibles, capaces de contribuir a mejorar las dietas locales.

Económicamente, la agricultura familiar supone en la mayoría de los países latinoamericanos más del 50% del empleo agropecuario (Leporati et al., 2014), contribuyendo de manera sustancial al crecimiento económico de las zonas rurales, a la reducción de pobreza y, por tanto, al cierre de brechas territoriales y socioeconómicas. Además, en los casos en los que la agricultura familiar se vincula con agroindustria rural y procesos de adición de valor, se generan oportunidades laborales no agrícolas en los entornos rurales, que suponen alternativas valiosas de desarrollo y de inclusión de jóvenes y mujeres.

Figura 2. Mapa de países y territorios de ejecución del proyecto Siembra Desarrollo



Por último, en términos medioambientales, la agricultura familiar está ampliamente reconocida como usuaria de prácticas más sostenibles con explotaciones diversificadas que preservan la biodiversidad y métodos de producción menos intensivos en insumos, gracias a un profundo conocimiento de las dinámicas y capacidades de los ecosistemas locales que permiten explotar y fortalecer los servicios ecosistémicos. En algunos casos, la agricultura familiar ha ido más allá adoptando enfoques a la vez tradicionales y, hoy en día, alternativos, que vinculan la producción agrícola con la cohesión social y la conservación y regeneración de medio ambiente, tales como sistemas colectivos de rotación de cultivos o esquemas de agroforestería.

Aunque este tipo de iniciativas enfrentan obstáculos, en un entorno político e institucional propicio la agricultura familiar ofrece grandes oportunidades para construir sinergias entre la seguridad alimentaria y la nutrición, la inclusión social, el desarrollo económico y la regeneración y conservación del medioambiente (IFAD, UNEP, 2013).

Finalmente, Siembra Desarrollo se fundamenta en la convicción de que las políticas públicas son un motor efectivo para generar cambios positivos a gran escala cuando estas se basan en evidencia rigurosa y son el resultado del diálogo. El sector público es un actor clave con

intervención en el sistema agroalimentario en un sinnúmero de dimensiones y a través de incontables mecanismos, desde regulación de la calidad y la inocuidad de los alimentos hasta los programas de extensión rural y fomento productivo, pasando por políticas comerciales y de inversión extranjera. Ante un sistema complejo como es el agroalimentario, es necesario que las políticas públicas se fundamenten en evidencia rigurosa que oriente sobre las necesidades reales y las mejores oportunidades de intervención. Además, las mejores políticas surgen del diálogo mediante el cual los diversos actores involucrados construyen sobre la evidencia para diseñar políticas pertinentes y adecuadas.

El proyecto

Partiendo de esas tres convicciones y con la ambición de contribuir a avanzar hacia sistemas agroalimentarios sostenibles, el proyecto **Siembra Desarrollo. Pequeña agricultura y alimentación resilientes al COVID-19** busca contribuir al desarrollo de la agricultura familiar de pequeña y mediana escala en el marco de la pandemia del COVID-19 como una oportunidad clave para promover sistemas agroalimentarios sostenibles, inclusivos y sensibles a las consideraciones de género, así como reducir los impactos de la pandemia en la seguridad alimentaria de la población rural y urbana más vulnerable, con especial atención a



las mujeres. Con tal fin, proponemos una estrategia de investigación-incidencia, que sea capaz de generar evidencia empírica rigurosa y nutrir el diálogo de políticas.

Así, en el transcurso de los próximos tres años, Rimisp llevará a cabo actividades de investigación cuantitativa y cualitativa sobre el impacto del COVID-19 en la agricultura familiar y la seguridad alimentaria en diez territorios urbano-rurales de cinco países latinoamericanos: México, Guatemala, Colombia, Ecuador y Chile. Paralelamente, se impulsarán y apoyarán instancias de diálogo e intercambio multiactorales en cada uno de los países para identificar oportunidades de incidencia en base a la evidencia y para generar cambios institucionales y de políticas que permitan avanzar hacia sistemas agroalimentarios más sostenibles en la región.

Estrategia metodológica de investigación de Siembra Desarrollo

La estrategia metodológica de Siembra Desarrollo para la generación de evidencia empírica se fundamenta en cuatro actividades interrelacionadas y complementarias:

1. Encuesta de Seguridad alimentaria y alimentación. Para la evaluación del impacto del COVID-19 en la seguridad alimentaria de los hogares y sus patrones de consumo.
2. Panel trimestral con actores del sistema agroalimentario. Para monitorear la evolución y funcionamiento de los sistemas agroalimentarios y evaluar la efectividad de las respuestas de política.
3. Talleres con productores y productoras de la agricultura familiar. Para comprender el impacto que la pandemia ha tenido sobre sus capacidades de producción y comercialización y para capturar las necesidades y oportunidades a futuro.
4. Historias de vida con mujeres rurales. Para entender y visibilizar el impacto diferenciado que la crisis ha tenido sobre la mujer rural y sus estrategias de vida.

Serie Análisis de Coyuntura. COVID-19 en América Latina

La serie Análisis de coyuntura. COVID-19 en América Latina es una iniciativa de Rimisp – Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural que busca indagar sobre la forma en la que distintos países de la región están afrontando la crisis sanitaria y socioeconómica de la pandemia, poniendo especial énfasis en la manera en la que estas decisiones afectan a los territorios y sus habitantes. Desde el comienzo de la serie, en abril 2020, hemos cubierto amplios temas de importancia para el desarrollo de la región.

Comenzamos una nueva etapa de la serie dando ahora seguimiento desde el proyecto Siembra Desarrollo y con el apoyo del International Development Research Center de Canadá, como oportunidad para contribuir al análisis y al debate regional sobre el futuro del sistema agroalimentario y con el objetivo de compartir conocimiento, motivar la reflexión y visibilizar las realidades de los territorios, mediante la presentación de los resultados de investigación y la evidencia generada por Rimisp en el transcurso de esa apuesta hacia una pequeña agricultura y alimentación resilientes al COVID-19.



Foto: Pablo Corral Vega

Autores

Miguel Albacete – Investigador de Rimisp – Centro Latinoamericano para el Desarrollo Rural y coordinador del proyecto Siembra Desarrollo

Referencias

- Berdegú, Julio y Fuentealba, Ricardo (2011). *“Latin America: The State of Smallholders in Agriculture. Conference on New Directions for Smallholder Agriculture”*. IFAD: Roma.
- Barrionuevo, Ney; Albacete, Miguel; García, Daniela; Lindemann, Rafael, y Quingaísa, Eugenia (2020). *“Circuitos alternativos de comercialización”*. Serie Análisis de Coyuntura Covid-19 en América Latina. Rimisp. Santiago.
- Boza, Sofía y Torres, José David (2020). *“Serie Sistema alimentario y los desafíos que trae el COVID-19: Aporte de los establecimientos de abastecimiento públicos y privados al acceso de alimentos y funcionamiento del sistema alimentario en América Latina y el Caribe N.º2”*. FAO. Santiago.
- CEPAL, FAO y IICA (2019). *“Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas: una mirada hacia América Latina y el Caribe. 2019-2020”*.
- CEPAL (2020). *“Enfrentar los efectos cada vez mayores del COVID-19 para una reactivación con igualdad: nuevas proyecciones”*.
- Ericksen, Polly J. (2007). *“Conceptualizing food systems for global environmental change research”*. Global Environmental Change.
- Escobar, Germán; Penagos, Ángela; Albacete Miguel, y García, Daniela (2020). *“Los efectos del COVID-19 en el abastecimiento de alimentos: un primer análisis”*. Serie Análisis de Coyuntura COVID-19 en América Latina. Rimisp. Santiago.
- FAO, OPS, WFP y UNICEF (2019). *“Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe 2019”*. Santiago.
- FAO, OPS, WFP y UNICEF (2018). *“Panorama de la seguridad alimentaria y nutricional en América Latina y el Caribe 2018”*. Santiago.
- FAO (2011). *“The state of the world’s land and water resources for food and agriculture. Managing systems at risk”*. FAO y Earthscan. Roma
- FAO y CEPAL (2020). *“Sistemas alimentarios y COVID-19 en América Latina y el Caribe: Actualización de los impactos y respuestas”*. Boletín N.º16. FAO. Santiago.
- Fernández, Ignacia; Hiernaux, Lola, y Morris, Pablo (2020). *“Protección de empleo e ingresos en tiempos de pandemia. Medidas adoptadas en América Latina”*. Serie Análisis de Coyuntura COVID-19 en América Latina. Rimisp. Santiago.
- FIDA y Rimisp (2014). *“La agricultura familiar en América Latina. Un nuevo análisis comparativo”*.
- García, Daniela; Aguirre, Tatiana; Molina, Celeste, y Romero, Magaly (2020). *“La situación de las mujeres en la región: intensificación de la carga de trabajo y violencia de género durante la pandemia”*. Serie Análisis de Coyuntura COVID-19 en América Latina. Rimisp. Santiago.
- Hosonuma, Noriko; Herold, Martin; de Sy, Veronique; de Fries, Ruth S.; Borckhaus, Maria; Verchot, Louis; Angelsen, Arild, y Romijn, Erika (2012). *“An assessment of deforestation and forest degradation drivers in developing countries”*. Environmental Research Letters, 7(4): 4009.
- IMF (2020) *“World Economic Outlook Update”*.
- IPCC (2014). *“Climate Change 2014: Synthesis Report. Contribution of Working Groups I, II and III to the Fifth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change”* [Core Writing Team, R.K. Pachauri and L.A. Meyer (eds.)]. IPCC, Geneva, Switzerland, 151pp.
- Leporati, Michel; Salcedo, Salomón; Jara, Bryon; Boero, Verónica, y Muñoz, Mariana (2014). *“La agricultura familiar en cifras”*. En Salcedo S., y Guzmán, L. (Eds). Agricultura Familiar en América Latina y el Caribe: Recomendaciones de Política. FAO. Santiago.
- Penagos, Ángela; Tobón, Santiago; Pérez, Nicolás; Ospina, Claudia, y Sánchez, Lilia (2018). *“Nota de lineamientos estratégicos para la agricultura en Colombia”*. Rimisp. Santiago.



Referencias

- Reardon, Thomas; Bellemare, Marc, y Zilberman, David (2020). *“How COVID-19 may disrupt food supply chains in developing countries”*. IFPRI: International Food Policy Research Institute. Washington.
- Reardon, Thomas; Echevarría, Rubén; Berdegue, Julio; Minten, Bart; Liverpool-Tasie, Saweda; Tschirley, David, y Zilberman, David (2019). *“Rapid transformation of food systems in developing regions: highlighting the role of agricultural research and innovations”*. *Agricultural Systems*, 172(January), 47-59.
- Rimisp (2020). *“Informe Latinoamericano sobre Pobreza y Desigualdad 2019. Juventud rural y territorio”*. Rimisp. Santiago.
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2019a). *“World Population Prospects 2019”*. Online Edition. Rev.1
- United Nations, Department of Economic and Social Affairs, Population Division (2019b). *“World Urbanization Prospects 2018: Highlights”*.

